

VERGARA

(LATIDOS DEL ALMA VERGARESA)

Q

POEMA MUSICAL
POR EL

Mtro. D. José M.^a González Bastida

En primera audición se ofrece al público vergarés, en el justo homenaje que rinde a D. Ignacio González, benemérito Director de su brillante Banda Municipal por largos años, una obra escrita para Coros y Orquesta por el hijo y discípulo de éste, ilustre compositor y maestro, D. José María.

Esta obra significa, no solo colaboración en el homenaje, sino también ofrenda por el autor a su Villa de origen de una artística composición musical, en que se recoja y condense la expresión del alma vergaresa.

El pueblo de Vergara tiene un objeto predilecto de sus amores, S. Martín de Aguirre, su Santo hijo, en torno al cual ha entret Tejido toda una variada guirnalda de notas y melodías. Con los tres medios principales de que dispone: su Banda Municipal, sus chistularis y finalmente la religiosa voz de sus hijos, admirablemente interpretada por su egregio Orfeón, procediendo cada uno de estos tres factores por trayectorias musicales distintas, no ha cesado de honrar continuamente la gloriosa memoria de su más preclaro vástago. Aquí, en esta triple línea melódica señalada, es donde se contiene, como en rico frasco de alabastro, la auténtica esencia del pueblo vergarés.

En consecuencia, para trazar la silueta de su espíritu, nada mejor que reunir los tres elementos indicados en un conjunto armónico. Es lo que ha realizado el notable músico, nuestro paisano, en la obra de la que seguidamente ofrecemos su

DESCRIPCION

Envuelta la villa vergaresa en tenue neblina, se abren paso las primeras luces del día. El silencio y reposo se extienden sobre el vecindario, el cual comienza a moverse. Los primeros compases, en los que el tema principal es llevado dulcemente, reflejan el amanecer del pueblo.

Extiéndese por la población y se intensifica su actividad, como lo declara la composición por la energía creciente que sus notas van adoptando. El vecindario hállase en plena alegría, pero presiente la proximidad de algún violento choque y se recoge a sus hogares con cierta precaución, según lo muestra el movimiento descendente, que aquí dibuja el pentagrama.

Tales presagios son ciertos. Suenan las trompas, anunciando el peligro y convocando a la contienda. La cuerda de los bajos expresa gráficamente el estado de confusión, que inicialmente se produce. Además, el «fagot» deja oír la risa sarcástica, con que alguien se burla de la actitud del pueblo.

Pero éste se levanta en vilo para defender sus sagrados derechos y se lanza a la calle, exteriorizando sus sentimientos de modo ruidoso y alborotado, como claramente se advierte en el tema del pasacalle de la Banda, que aquí suena fuerte e impetuoso en la cuerda de trompetas.

La Iglesia acoge conmovida estas espontáneas manifestaciones populares e introduce a la multitud en el templo, donde con piedad proclame su amor al Santo Mártir. Es éste el momento, en que por primera vez se oye el coro, que entona el himno religioso. Este canto es preparación a la plegaria íntima, apenas perceptible (que constituye el Nocturno de la obra), en que los vergareses con recogimiento y unción, suave y apaciblemente, en éxtasis de amor, imploran del Santo su valiosa protección para el pueblo, que le vió nacer.

Fuera, en el exterior del templo, sobrevienen todavía intentos de perturbar la paz. Y se vuelve a escuchar a lo lejos el «fagot» irónico, que ya antes se oyera. Pero el pueblo no pierde su calma. Bajo las amplias naves del suntuoso templo de S. Pedro prorrumpe en una estentórea y jubilosa profesión de fe en su hermano de cuna, rubricando sus aclamaciones con un vibrante y perenne «Gora», cuyos ecos jamás se extingan en los valles de Vergara.

R. O. G.